

CARTOGRAFÍAS SITUADAS (AUTO)BIOGRÁFICAS: OBJETIVIDAD ENCARNADA Y CISEXISMO EN LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN

MELINA ANTONIUCCI*

* Licenciada en Sociología (UNMDP). Doctoranda en Comunicación (UNLP). Becaria Doctoral CONICET

Correo electrónico: melina.antoniucci@gmail.com

Fecha de recepción: 01/04/2024. Fecha de aceptación: 28/06/2024

Resumen: En este ensayo parto de analizar las características del paradigma cissexista, sus consecuencias políticas y epistemológicas. Luego, recupero la perspectiva de la mirada situada y los itinerarios corporales autobiográficos para finalizar con una reflexión sobre las implicancias de las coordenadas sexo-genéricas de quien investiga, desde la perspectiva de los conocimientos situados y encarnados que ofrece la epistemología feminista.

Palabras clave: Cissexismo, Conocimiento Situado, Estudios Trans, Violencia Epistémica

Abstract: In this essay I start by analyzing the characteristics of the cissexist paradigm, its political and epistemological consequences. Then, I recover the perspective of the situated gaze and the autobiographical body itineraries, ending with a reflection on the implications of the sex-gender coordinates of the researcher, from the perspective of the situated and embodied knowledge offered by feminist epistemology.

Keywords: Cissexism, Situated Knowledge, Trans Studies, Epistemic Violence

Introducción

Los aportes de la epistemología feminista para re-pensar la relación sujeto-objeto de conocimiento, pusieron en escena la lucha contra la abstracción y la universalidad del conocimiento científico. Allí donde debía haber objetividad, neutralidad y el menor rastro posible de quién investiga, los feminismos se encargaron de situar la voz y trazar un “desde donde” que inscribía en los cuerpos los marcadores sexistas, racistas y colonialistas. Autoras como Sandra Harding y los aportes de la epistemología del punto de vista (1986), Donna Haraway (1986) y el conocimiento situado, Chandra Mohanty (1987) y sus posiciones de ubicación, Chantal Mouffe (1999) y las posiciones del sujeto o Adrienne Rich (1980) y sus políticas de la localización, pusieron en escena la materialidad del cuerpo en la investigación científica, la geografía precisa en tiempo y espacio. De esta manera, emergía la voz situada como una cartografía de la propia afirmación, como líneas que dibujan la construcción teórica del quehacer científico. Inscripto en esa tradición, en este ensayo reflexiono sobre uno de los marcadores menos explorados del trabajo científico: el cissexismo. Para ello, repaso las implicancias epistemológicas en la investigación científica y reflexiono sobre la necesidad de situar las coordenadas sexo-genéricas de quién investiga, como práctica política y epistemológica en la tarea por delinear una ciencia feminista y situada.

Paradigma cissexista y violencia epistémica

A principio de los años 90, Sandy Stone escribía “El imperio contrataca, un manifiesto post-transsexual”, considerado como uno de los orígenes académicos del campo de los estudios trans desde la perspectiva crítica y fuera de la mirada medicalizada y patologizante. En su obra, Stone reconstruía la arqueología de la categoría transexual a través de historias en primera persona de mujeres trans y advertía sobre la vigencia de “el poder del *establishment* médico/psicológico en su papel de guardián y autoridad máxima” (1992: 51). El punto central de su análisis, y quizás la piedra angular de su trabajo, estaba orientada a visibilizar la manera en que las personas cis, en especial quienes se desempeñaban en el campo académico, habían monopolizado las teorías sobre la transexualidad. Casi como un llamado a la acción, la autora sostenía: “quiero dirigirme directamente a los hermanos, hermanas y a todas las personas que puedan leer/lean esto y decirles: pido a todos que utilicemos la fuerza que nos llevó a reestructurar la identidad (...) para revisualizar nuestras vidas” (1992: 53). Como herencia de una mirada colonialista, fusionada muchas veces con una retórica salvacionista, la autora advertía en su manifiesto sobre algunos elementos comunes que reunían muchos de los trabajos que abordaban la transexualidad: fascinación inicial por lo exótico, negación de la subjetividad de las propias personas trans, seguido de una especie de rehabilitación como refugio de tanto sufrimiento y dolor.

Si nos centramos en el campo de estudios de las transmasculinidades, su creciente visibilidad ha renovado discusiones teóricas y políticas dentro del

campo de los estudios trans, de la(s) masculinidad(es), como así también del campo de los estudios de género y los feminismos. Todos estos elementos delimitan la urgencia de pensar y trabajar con un grupo social dinámico, en construcción permanente, que disputa nuevos sentidos en torno a las nociones de identidad, cuerpo, sexualidad, subjetividad y (in)visibilidad, así como también en torno a los feminismos y la preguntan por la/el sujeta/o política/o. En el mismo sentido, Blas Radi (2019) identifica dos tipos de paradigmas que contienen representaciones totalizantes y estereotipadas de las experiencias trans. Por un lado, el paradigma biomédico del cuerpo equivocado desde donde se erige un universo conceptual como transexualismo verdadero, disforia de género y que “contribuye a perfilar el modelo descarnado de la existencia trans” (Radi, 2019: 34). Por otro lado, el paradigma antibinarista, dentro del cual la circulación de conceptos es opuesta, pero no por eso menos totalizante, estereotipada y excluyente. Y donde aparecen ideas como desobediencia, disidencia, transgresión, subversión, antinormatividad, contrahegemonía, que intentan dar cuenta de “una serie de expectativas de cambio depositadas sobre las personas trans, que funcionan nuevamente como exigencia y clave de inteligibilidad” (2019: 34).

Durante la práctica de investigación, del diálogo entre los estudios trans y el campo de las masculinidades, también surgen algunas advertencias. En primer lugar, la marca cissexista desde donde se suele asumir la identidad de un varón cis como la única posibilidad de problematizar las experiencias de la masculinidad. “Viejas y nuevas masculinidades, patriarcales y anti patriarcales, hegemónicas y deconstruidas, son siempre cis, salvo aclaración en contrario” (Radi, 2020: 29). En segundo lugar, las marcas identitarias de las personas en las que se concentran los estudios de masculinidad(es): los varones cis. Y que tiene como resultado la cosificación de la masculinidad en los cuerpos y sexos apropiados. Tal como lo plantean Tron y flores: “las masculinidades encarnadas en cuerpos que hemos rechazado, desistido o resistido los procesos de feminidad obligatoria, abriendo y posibilitando diferentes espacios identitarios, permanecen invisibilizadas, silenciadas y relegadas a un no-lugar” (2013: 181).

Este tipo de acercamientos a las experiencias trans recibe el nombre de injusticia epistémica (Fricker, 2017) o violencia epistémica (Pérez, 2019; Radi, 2019, 2020) y supone algunos elementos fundamentales para sostenerse. En primer lugar, la práctica de construcción epistémica de “otro”, es decir, la marcada diferencia de un grupo social implícitamente excluido e inferior desde donde se asume que “hay un nosotrxs y un ellxs marcados en los textos que facilitan los procesos de (des)identificación, y ese nosotrxs incluye a quien escribe y a sus potenciales lectores” (Radi, 2019: 32). En segundo lugar, en tanto fenómeno estructural, la violencia o injusticia epistémica se erige sobre un sistema de privilegios, como el racismo, el sexismo y el cissexismo, que se benefician y fortalecen con su propia imperceptibilidad (Pérez, 2019). El cissexismo, o paradigma cissexual (Serrano, 2007) parte de un abc básico:

La idea de que el género de las personas cis-sexuales es real, auténtico, natural -incluso en un marco teórico que se dice feminista- mientras que el género

de las personas trans es autopercebido, sujeto a verificación, construido, artefactual y/o voluntario, un género que es puesto a prueba constantemente, tanto por ajustarse demasiado a los estereotipos de género como por no hacerlo lo suficiente (Massacese, 2018: 100).

Al afirmar la legitimidad de la identidad cis, el cissexismo profundiza el carácter artificial y siempre cuestionable de las identidades trans, a la vez que habilita discursos sociales y científicos que van desde la idea de nacer en un cuerpo equivocado, hasta la patologización desde una parte de la comunidad médica, la transfobia y las violaciones sistemáticas a los derechos humanos de las personas trans (Millet, 2020; Montenegro, 2020).

Es importante destacar que el surgimiento de la categoría cis, como marca identitaria y plataforma de enunciación político-teórica, se origina en el seno de la comunidad trans, principalmente norteamericana, en la década de 1990 (Aultman, 2014), y se erige como algo más que la contraparte lógica del término trans (Radi, 2020). Su creación habilita la posibilidad de pensar y poner a disposición marcos de análisis para nombrar experiencias colectivas que tienen como fundamento epistemológico la jerarquización de la perspectiva cissexual (Radi, 2019). Al momento de recuperar las discusiones sobre las condiciones de decibilidad, la producción de teoría y el lugar que ocupan los estudios trans dentro de la academia y los estudios de género, son varios los trabajos que recuperan esta discusión y muestran la necesidad de pensar desde una epistemología transgénero (Aultman, 2014; Cedar, 2008; Hale, 2015; Namaste, 2005, 2008; Serrano, 2007; Stone, 1992; Wayar, 2018). Estas investigaciones evidencian el cissexismo en el plano académico, y problematizan las maneras en las que se construye conocimiento alrededor de las experiencias de transgeneridad, es decir aquellas que designan a un conjunto de discursos, prácticas, categorías identitarias y, en general, formas de vida que tienen en común: una concepción a la vez materialista y contingente del cuerpo, la identidad, la expresión de sí, el género y la sexualidad –es decir, un rechazo compartido a la diferencia sexual como matriz natural y necesaria de subjetivación (Cabral, 2006: 16).

El acercamiento a gran parte de las investigaciones que reflexionan sobre las trayectorias y experiencias de personas trans, aún se representan no sólo como lo otro, lo ajeno, lo objetivable, aquello que puede homogeneizarse en una serie de prácticas e itinerarios más o menos comunes y similares. Sino también, desde la pretensión paternalista de dar voz, posicionarse como vehículo transmisor de aquello que parecería no poder decirse de otra manera. “La presuposición de dar voz, una voz comunicable, termina forzándome, y forzando al otro/a, a que se ‘represente’, que tome un lugar en el lenguaje -muchas veces el lugar que quien investiga quiere” (Figari, 2010: 5). ¿Cuál sería entonces el desafío de quienes nos acercamos a las experiencias trans en las prácticas investigativas? ¿De qué manera asumir una perspectiva que trascienda la mirada descarnada y neutral de la ciencia? El desafío será entonces epistemológico y profundamente político dentro del paradigma de la investigación científica feminista: invertir la relación de objeto de estudio que las identidades trans han tenido históricamente y convertirlas en sujetxs de enunciación (Pérez, 2019), fragmentando el binomio sujeto-objeto, y apostando por una perspectiva de construcción de

conocimiento cuerpo a cuerpo. Siguiendo a Figari: “no se propone ‘sacar’ información, sino producirla. Acompaña, escucha, da soporte y soporta, ríe, pone el hombro, abraza, guarda silencio, habla, transmite o comunica, y si es necesario, no dice nada” (2010: 10). La perspectiva de construcción del conocimiento cuerpo a cuerpo también supone otro desafío tan incómodo como introspectivo para nuestras investigaciones: el trazado de las propias cartografías de quién investiga.

La mirada situada y los itinerarios corporales autobiográficos

La pretensión de construir una mirada objetiva como la única forma válida y científica de conocer el mundo, despoja al campo científico de tensiones y disputas de poder, y solapa una visión masculinista de la ciencia y del mundo. Donna Haraway (1985) la describe como una “mirada conquistadora desde ninguna parte, mirada que míticamente inscribe todos los cuerpos marcados, que fabrica la categoría no marcada, que reclama el poder de ver y no ser vista, de representar y de evitar la representación” (1985: 133).

Desde esta perspectiva, los aportes de la epistemología feminista permitieron analizar las lógicas del campo científico desde varias aristas. La pregunta sobre la ciencia como proceso, también habilitó la pregunta sobre la ciencia como producto. Como contrapartida a la tradición descarnada de la ciencia, la propuesta por situar el conocimiento dejaba entrever que no alcanza solo con cuestionarnos para quién y para qué se produce el conocimiento, sino que también es imprescindible localizar las propias coordenadas del lugar de enunciación. En este punto, Donna Haraway (1995) encuentra en la cartografía de los conocimientos situados la única posibilidad de objetividad feminista, ya que los entiende como “herramientas muy poderosas para producir mapas de conciencia para las personas que han sido inscriptas dentro de las categorías de raza y de sexo, tan exuberantemente producidas dentro de las historias de las dominaciones masculinistas, racistas y colonialistas” (1995: 188).

¿Por qué resulta esencial localizar las propias coordenadas de quien investiga? ¿Qué implica evidenciar el desde donde en el trabajo de investigación? El trabajo intelectual “no es una actividad mental desincardinada; antes bien, se halla estrechamente vinculada con el lugar de la propia enunciación (...) *desde donde* uno realmente está hablando”, sostiene Braidoti y Fischer Pfeiffer (2000: 12). Es por eso por lo que ocupar un lugar implica la “responsabilidad de dar cuenta de él como práctica clave que da base al conocimiento (...) ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas” (Haraway, 1995: 332-333). Pensar entonces la dimensión del cuerpo para la construcción de una objetividad científica involucra al cuerpo como sitio primario de localización. Es decir, como el espacio donde se inserta lo biológico, lo social y lo lingüístico (Butler, 1997, 2002), pero también como espacio atravesado por marcadores raciales, cissexistas, clasistas, capacitistas.

A modo de reflexión final, las palabras que cierran este ensayo representan un intento de alcanzar la única objetividad científica posible: la objetividad encarnada que ofrece el conocimiento situado. En mi propio

ejercicio de mi trabajo de investigación, esta objetividad encarnada implica la advertencia y la reflexión de mis propias coordenadas sexo-genéricas. Son líneas escritas desde la cartografía de los conocimientos situados en la apuesta por traspasar el lenguaje y situarlo como experiencia entre quien investiga y quien es investigadx. Reflexiones atravesadas por la propuesta metodológica feminista de los itinerarios corporales (Esteban, 2004, 2008), desde la cual se reconoce la experiencia corporal involucrada en el trabajo de investigación, como parte activa en la producción del conocimiento científico feminista y situado.

Cartografía situada (auto)biográfica: el *desde donde* encarnado y situado

Hasta no hace mucho tiempo pensaba que mi identidad de género -que bajo los efectos de la diferenciación cis-trans se corresponde con la categoría de mujer cis-, no era autopercebida, sino más bien, algo así como natural, esperada y condicionada por mi adscripción genetal. Es decir, estaba convencida que mis órganos sexuales, mis procesos biológicos-orgánicos-corporales, mi socialización femenina, mi nombre, mis recuerdos, mis actos escolares disfrazada de bailarina, y los vestidos con flores que mi abuela me cocía con tanto amor, tenían el efecto natural y esperado de delinear mis coordenadas de identificación genérica dentro de lo femenino. Esto es, dentro de la categoría de mujer.

Sin embargo, lo que hacía que yo sea una mujer, y me auto-percibiera como tal sin siquiera cuestionarlo, no era más que la diferenciación sexual en que el dispositivo médico de saber-poder me había inscripto, y mi círculo de socialización primaria había reforzado regalándome escobas y cocinitas para mis cumpleaños, festejando mi primera menstruación como lo que me habilitaba a ser toda una mujer y deseándome una familia nuclear con un varón e hijes para un futuro prometedor. Por aquel entonces, pensaba que mi identidad de género no sólo era la legítima, sino la única posibilidad que la biología y la naturaleza me autorizaban a habitar. Tardé bastante tiempo en entender y asumir que, como un ejercicio tan performativo como inconsciente, elegía cada día que mi género coincidiera con el sexo que me asignaron al momento de nacer.

A lo largo de mi trabajo y el trazado de mis preguntas de investigación que involucran a experiencias de personas trans, me fui dando cuenta de que la única posibilidad de situar el conocimiento que produzco es evidenciando las coordenadas de mi identidad sexo-genérica dentro del paradigma cis-sexual, es decir el paradigma hegemónico. Soy una persona autopercebida como mujer cis, leída como un cuerpo heterosexual (qué más da si lo soy o no, para el caso es más importante parecerlo), y con una expresión de género que se ajusta medianamente -a veces más, a veces menos-, a lo que se espera de una mujer. Esto es igual a decir que mi identidad de género ancla mi plataforma de enunciación teórica y política en las coordenadas desde donde sitúo mis preguntas de investigación.

Soy una investigadora blanca y cis reflexionando sobre experiencias trans. Soy una mujer cis que trabaja con transmasculinidades. Habito un cuerpo que no necesita verificar constantemente sus coordenadas

de género. Nadie, o casi nadie, se preguntaría por lo que tengo entre mis piernas, y si aun así lo pensara, difícilmente se atrevería a decírmelo. Soy una mujer cis produciendo conocimiento sobre lo trans. Mi privilegio epistémico se asienta sobre la posibilidad de habitar el mundo sin que nadie me pregunte si verdaderamente soy mujer, desde cuándo me siento tal o me exija verificarlo. Pretendo entonces que el reconocimiento de ese privilegio se transforme en mi punto de partida, en las coordenadas entre las que se sitúa la construcción del conocimiento, mis preguntas de investigación y el ensayo de algunas respuestas.

Bibliografía

AULTMAN, Lee. (2014). Cisgender. *TSQ: Transgender Studies Quarterly*. Duke University Press, 1, Numbers 1–2, 61-62.

BRAIDOTTI, Rosi, & FISCHER PFEIFFER, Amalia. (2000). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Argentina: Paidós.

BUTLER, Judith. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.

----- (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.

CABRAL, Mauro. (2006). La paradoja transgénero. *Ciudadanía Sexual, Boletín electrónico del Proyecto sexualidades, salud y Derechos Humanos en América Latina*, 18(2), 14-19.

CEDAR, Reder. (2008). Cis Privilege Checklist: The Cisgender/ Cissexual Privilege Checklist. *Taking Up Too Much Space: Trans Misogyny, Feminism, and Trans Activism*. Recuperado de: <https://supportnewyork.files.wordpress.com/2018/04/cisprivilegechecklist.pdf>

ESTEBAN, María Luz. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Bellaterra.

----- (2008). Etnografía, itinerarios corporales y cambio social: Apuntes teóricos y metodológicos. En: Elixabete Imaz (Ed), *La materialidad de la identidad*. (pp. 135-158) San Sebastián: Hariadna.

FIGARI, Carlos. (2010). *Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica*. Material de Cátedra. Curso: Epistemologías críticas y decolonialidad: teoría y práctica. Universidad Nacional de Buenos Aires. Recuperado de: http://epistemologiascriticas.files.wordpress.com/2011/05/figari_conoc-situado.pdf

FRICKER, Miranda. (2017). *Injusticia Epistémica. El poder y la ética del conocimiento*. Barcelona: Harder.

HALE, Jacob. (2015). *Reglas sugeridas para personas no transexuales que escriben sobre transexuales, transexualidad, transexualismo, o trans*. Traducción de Moira Pérez & Blas Radi, Recuperado de: <https://www.aacademica.org/blas.radi/42>

HARAWAY, Donna. (1995). *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Universidad de Valencia. Instituto de la Mujer.

MASSACESE, Julieta. (2018). De este lado. Notas sobre cissexismo. En Virginia Cano (Ed), *Nadie viene sin un mundo: Ensayos sobre la sujeción e invención de unx mismx*. Argentina: Madreselva.

MILLET, An. (2020). *Cissexismo y Salud. Algunas ideas desde otro lado* (Colección Justicia Epistémica). Buenos Aires: Puntos Suspensivos.

MONTENEGRO, Ese. (2020). *Desandar el cissexismo en el camino a la legalización del aborto*. Buenos Aires: Puntos Suspensivos.

NAMASTE, Viviane. (2005). *Sex change, social change: Reflections on identity, institutions, and imperialism*. Toronto: Women's Press.

----- (2008). Undoing Theory: The "Transgender Question" and the Epistemic Violence of Anglo-American Feminist Theory. *Hypatia*, 24(3), 11-32.

PÉREZ, Moira. (2019). Violencia epistémica: Reflexiones entre lo invisible y lo ingobernable. *El lugar sin límites*. Revista de Estudios y Políticas de Género, 1(1), 81-98.

RADI, Blas. (2019). Políticas del conocimiento: Hacia una epistemología trans*. En: Mariano López Seaone (Ed), *Los mil pequeños sexos. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades* (pp. 28-40). Saenz Peña: EDUNTREF.

----- (2020). Notas (al pie) sobre cisnormatividad y feminismo. *Ideas*. Revista de filosofía moderna y contemporánea, 11, 23-36.

SERRANO, Julia. (2007). *Whipping Girl. A Transsexual Woman On Sexism And The Scapegoating Of Feminity*. EEUU: Seal Press.

STONE, Sandy. (1992). The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto. *Camera Obscura: Feminism, Culture, and Media Studies*, 10(2), 150-176.

TRON, Fabiana. & FLORES, Valeria. (Eds.). (2013). *Chonguitas. Masculinidades de niñas*. Argentina: La Mondonga Dark.

WAYAR, Marlene. (2018). *Travesti/Una teoría lo suficientemente buena*. Buenos Aires: Muchas Nueces.